

COLONIALISMO Y ARQUEOLOGÍA PREHISTÓRICA EN MARRUECOS (1900-1948)

COLONIALISM AND PREHISTORIC ARCHAEOLOGY IN MOROCCO (1900-1948)

Enrique GOZALBES-CRAVIOTO

Universidad de Castilla-La Mancha. Enrique.Gozalbes@uclm.es

Resumen: En el trabajo se analiza la evolución histórica de la arqueología prehistórica en el Magreb, desde sus orígenes hasta la época de la Segunda Guerra Mundial. En la misma se presta una especial atención a los aspectos referidos a la ideología en su formulación que, como no podía ser de otra forma, estaban directamente influidos por el colonialismo característico de la época.

Palabras clave: Paleolítico, Edad de los Metales, Marruecos, Magreb, ideología.

Abstract: In this paper, we analyze the historical evolution of prehistoric archeology in the Maghreb, from its origins to the time of World War II. We emphasize and pay special attention to the aspects related to ideology in its formulation, which was directly influenced by colonialism characteristic of the period.

Key words: Paleolithic, Metal Ages, Morocco, North Africa, ideology

Sumario: 1. Planteamientos de la cuestión. 2. Arqueología e implantación colonial. 3. Los fundamentos de la investigación. 4. La Prehistoria se abre paso. 5. Los inicios de la institucionalización. 6. El caso de los españoles. 7. Bibliografía.

El presente trabajo, realizado en homenaje al profesor Oswaldo Arteaga, se ha elaborado en el marco del Proyecto de investigación "Una Arqueología sin fronteras. Los contactos internacionales de la arqueología española en el siglo XX". MINECO-Ministerio de Economía y Competitividad, Plan Nacional I+D+i, nº ref. HAR2012-334033.

1. Planteamientos de la cuestión

La moderna historiografía de la arqueología, desarrollada en las últimas décadas, pretende renovar las interpretaciones formuladas, así como ampliar el conocimiento a partir del análisis crítico de los fundamentos que en cada momento tuvo la investigación (Díaz-Andreu 2002). Se trata, por tanto, de superar la significativa pero limitada visión introductoria que solían tener hasta hace bien poco los estados de la cuestión, o la simple evolución de los estudios acerca de un tema concreto, cuando no la visión épica y romántica, por lo general bastante edulcorada, de la historia de los descubrimientos arqueológicos. Además debe tenerse en cuenta que la arqueología prehistórica de Marruecos tuvo en su momento unas aportaciones extraordinariamente limitadas acerca de la evolución de los estudios

realizados, con visiones muy parciales y, por lo general, desde unas perspectivas que se encuentran hoy plenamente anticuadas. Y junto a ello, el propio olvido de la prehistoria en Marruecos después de la salida del país por parte de los investigadores franceses.

En el caso del Magreb encontramos además un fuerte obstáculo en la ausencia de trabajos significativos incluso realizados desde la perspectiva antigua (Biberson 2001). Acontece de esta forma en el conjunto del Magreb, pues tan sólo en la gran síntesis de L. Balout encontramos un fundamento para analizar la evolución de los estudios realizados hasta su época (Balout 1955). Pero también en relación a Marruecos carecemos de unos completos estados de las diversas cuestiones o etapas de la prehistoria, a lo que se une la ya señalada ruptura de estudios que en gran parte se produjo desde los años sesenta hasta los últimos años del siglo XX. En este sentido, no está de más el indicar que en el terreno historiográfico en lo que se refiere a la arqueología prehistórica de Marruecos y del conjunto del Magreb todo está por hacer en el momento actual. Ello supone en muchas ocasiones incluso una limitación en relación al valor real que puede atribuirse a las investigaciones antiguas.

La presente aportación, que quiere ser un

Fecha de recepción del artículo: 14-XII-2014. Fecha de aceptación: 19-III-2015

modesto homenaje a mi admirado maestro de lecturas Oswaldo Arteaga, con quien traté en mi etapa estudiantil en su ya lejana estancia en la Universidad de Granada, intenta constituir una primera aproximación a algunos aspectos de interpretación crítica. A la arqueología prehistórica en el Magreb, después de los primeros trabajos menos científicos, siempre se le ha querido aprovisionar de una mera faceta “técnica”, que ha sumergido la disciplina en el terreno de los estudios especializados, raros y exóticos, cuando como veremos detrás de la misma, como difícilmente hubiera podido ser de otra forma, se contenían unos aspectos ideológicos muy evidentes, en función del objeto hacia el que se dirigía el estudio, así como a la interpretación que se realizaba de los hallazgos.

2. Arqueología e implantación colonial

El primer aspecto que precisa de una adecuada explicitación es el del contexto casi puramente colonial en el que se desarrolló la arqueología prehistórica en el Magreb en general, y en Marruecos en particular. Esta constatación hasta el momento tan sólo se ha efectuado en relación con la arqueología clásica, sobre todo con la interpretación de la dominación romana, y en muchos casos se ha efectuado desde la descalificación y el reproche al trabajo arqueológico por parte de los propios africanos. En realidad muchas veces los prejuicios colonialistas, que fueron característicos de una época, son castigados con desdén a partir de otros planteamientos que no son menos prejuicios: la dificultad de un medio de cultura árabe y de religión islámica para asumir una visión respetable de una cultura del Magreb que no respondía a estos moldes. Así la prehistoria puede considerarse una mera afición diletante practicada en su día por parte de los colonizadores europeos, y la arqueología romana como los vestigios de unos simples invasores extranjeros, que dominaron a unos pobres habitantes en el paganismo y en una cultura “importada”.

En realidad, desde el punto de vista histórico el colonialismo representó una fase en el desarrollo de los países occidentales, y de su relación con otros pueblos y culturas con los que se alardeaba (por definición) de una superioridad; era precisamente ésta la que justificaba esa presencia para civilizar a pueblos “menores de edad”, en forma de colonias o en forma de protectorados. En cada momento fueron unas disciplinas de

conocimiento las que más sirvieron al uso político del poder de estas potencias colonizadoras: en el siglo XIX fue sobre todo la Geografía, secundariamente la Antropología, la que aportó los datos para efectuar de manera más eficaz el reparto colonial en África, y de ahí como ejemplo el desarrollo en esa época de las Sociedades Geográficas. Pero en el siglo XX la Antropología derivó sobre todo en medios coloniales ocupados en una Sociología (de los “indígenas”). Se trataba con ello de potenciar el estudio de las claves del funcionamiento de las culturas y las gentes, para efectuar de una forma más eficaz el dominio de las mismas, así como la mejor puesta en valor de los territorios ocupados.

Y junto a la misma, se incorporó de forma creciente la Arqueología, que tenía un enorme potencial no sólo para reconstruir el pasado desde la óptica europea sino, sobre todo, para servir de escaparate de los avances culturales, mostrando de forma muy evidente la superioridad de las fórmulas organizativas europeas. En Marruecos un significativo ejemplo vino representado por las líneas estratégicas marcadas por el Alto Residente francés, el general H. Liautey: bajo sus auspicios se iniciaron las actividades arqueológicas, y los objetos recuperados en *Volubilis* formaron ya parte de una exposición en la Feria de Casablanca de 1916.

La épica del “retorno” para la arqueología italiana, la épica del “descubrimiento” para los franceses y también mucho más limitadamente para los españoles (en su protectorado en el Norte de Marruecos), suponía el poner en valor la actividad colonizadora en Libia o en los países del Magreb, en este caso en relación a la cultura y a los elementos del patrimonio monumental y arqueológico. La ocupación europea significaba la vuelta de la civilización occidental a estas tierras del Magreb, que de nuevo implantaba cultura occidental donde hacía muchos siglos lo habían hecho los romanos, convirtiendo la cultura árabo-islámica en una especie de simple y extenso paréntesis que había provocado un eterno retraso de las sociedades magrebíes. Esa identificación con la antigua Roma, la recuperación de su memoria y de sus logros, era la gran misión que tenía que desarrollar la arqueología clásica. Pero si la misma tenía una función relativamente bien establecida, con un mensaje de propaganda muy evidente, por el contrario la arqueología prehistórica se encontraba ante otra situación muy distinta, con unas dificultades de relato que son mucho mayores, con unos productos que eran

Colonialismo y Arqueología prehistórica en Marruecos (1900-1948)

mucho menos “artísticos”, de tal forma que necesariamente debía desplegar otros condicionantes para merecer la atención pública.

De hecho, cuando comenzó la actuación arqueológica en el Norte de África, la prehistoria no era todavía una ciencia “reconocida”, y prácticamente carecía de especialistas (en el sentido moderno). Quizás el caso de España es todavía más determinante al respecto de la carencia absoluta de investigadores más o menos especializados en este conocimiento. En este sentido iba a resultar fundamental en España la asunción y defensa especializada de la prehistoria por parte de eminentes investigadores religiosos extranjeros, sobre todo H. Breuil y H. Obermaier, que pudieron atraer a otros sacerdotes nacionales como C. Morán, del que hablaremos más adelante. De la mano de unas personas ideológicamente tan poco sospechosas como eran los religiosos, la asunción de la “España Primitiva” por parte de religiosos, la prehistoria fue ganando crédito y apoyo.

Si trasladamos esta visión al Norte de África, veremos sobre todo el papel que a este respecto desarrollaron algunos naturalistas, sobre todo P. Pallary en Argelia y en Marruecos, y en Tánger el geólogo G. Buchet, pero es cierto que la arqueología prehistórica fue vista como una simple curiosidad propia de unos excéntricos, sin mayor valor que formular ideas sobre influencias culturales primitivas. No obstante, dos factores comenzaron pronto a ubicar la arqueología prehistórica del Magreb en un primer plano para los europeos. En primer lugar, descubrimientos del paleolítico y de los primeros fósiles humanos realizados en las colonias africanas del ámbito anglosajón. Pero sobre todo, en el Norte de África, el descubrimiento constante de pinturas y grabados rupestres en el Atlas o en numerosas regiones del Sahara, y que servían de llamada de interés acerca de esas culturas primitivas, en unas representaciones que se ponían en relación con las españolas (el complejo llamado “levantino”).

Y sobre todo algo más tarde, con los grandes descubrimientos de los hombres primitivos, tanto en el África subsahariana como después en el Magreb, la arqueología prehistórica se sumó a las ciencias más respetables, con cierto apoyo institucional, y se integró con todas sus peculiaridades en el panorama global de la ciencia colonial en África (Robertshaw 1990). No es casualidad que el recién creado Instituto de Estudios Africanos en España, en el año 1946, desde el principio

incluyera la temática de la prehistoria africana, con la financiación de la asistencia de L. Pericot a los Congresos Panafricanos de Prehistoria, comenzando por el de Nairobi de 1947. El mismo significó el apoyo decidido al arqueólogo catalán, en detrimento de J. Martínez Santa-Olalla.

3. Los fundamentos de la investigación

En España los investigadores intentaron asomarse al estudio de la prehistoria de Marruecos, desde la distancia, a partir del interés por el posible influjo en las culturas más antiguas peninsulares. Los planteamientos se hacían desde la búsqueda de pueblos en migración, que darían lugar a fenómenos tales como el supuesto origen beréber de la lengua vasca (que sería el resto de la lengua prehistórica española). Por ejemplo, Joaquín Costa hacía paralelos los dos modelos de organización social de los pueblos beréberes, afirmando que similares estructuras existían entre las poblaciones ibéricas (Costa 1891, LXIII-LXIV). Y como un mito largamente extendido, con unas pruebas manifiestamente endeble, se defendía como bien sabida la tesis de la hipotética procedencia africana de los antiguos iberos (Cañete Jiménez 2009), en contraposición a las aportaciones europeas de los celtas. Podía trazarse una “prehistoria comparada” de España y Marruecos, tema general al que el periodista G. Ritwagén dedicó un estudio.

En diversos países de Europa se desarrollaron trabajos antropológicos para justificar la llegada de pobladores muy antiguos desde el continente africano (Fernández Martínez 2001). Naturalmente, tampoco España podía verse al margen de esta línea, que encontrará la máxima expresión de estas posiciones que estará representada por el antropólogo Manuel Antón y Ferrandiz. Éste publicará en el año 1903 el trabajo titulado “Razas y tribus de Marruecos”, en el que postulaba la existencia de esa intensa relación étnica primitiva entre los españoles y los marroquíes, una estrecha relación que por otra parte debía servir de justificante de las aspiraciones españolas a tener una presencia relevante en Marruecos. La aportación de Antón y Ferrandiz, que se fundamentaba en el procedimiento de la medición de los cráneos, dotaba de un ineludible prestigio científico a la tesis que era propiamente para-científica que postulaba el origen africano, y mucho más en concreto marroquí, de las culturas prehistóricas y protohistóricas españolas.

La primera etapa de la investigación prehistó-

rica propiamente dicha en Marruecos se inició con el comienzo del siglo XX. Se trataba de la primera formulación de la secuencia prehistórica, que derivaba sobre todo de hallazgos más antiguos realizados por los franceses en Túnez. A grandes rasgos es el periodo que podemos definir como de la actuación de los simples y meritorios aficionados que comenzaron a abrir el camino para un conocimiento científico. Entre todos destacó sin duda de forma especial el naturalista franco-argelino P. Pallary, en realidad su dedicación fundamental era la Malacología, quien después de sus importantes trabajos en el Oranesado y Argelia, realizó numerosos viajes de prospección a Marruecos, con el fin de completar sus observaciones.

P. Pallary fue quien estableció la primera secuencia de industrias prehistóricas del Magreb, sobre la que se fundamentaron los cambios realizados décadas más tarde. Amigo y colaborador de H. Siret, le servía de corresponsal en el Norte de África con el fin de poder comparar los materiales almerienses y los magrebíes. En este sentido, Pallary aportaba datos para las reconstrucciones “orientalistas” de Siret. De hecho, éste llegó a realizar una excavación en una cueva con materiales neolíticos en la zona de Orán, y sobre todo en 1924 también efectuó en Marruecos una importante campaña de prospección del paleolítico; por influjo de Siret, fue Pallary quien estableció esa primera secuencia de la prehistoria magrebí en función de las relaciones con África y con la Península Ibérica (Gozalbes y Gozalbes 2012).

El fundamento básico del planteamiento de P. Pallary, inspirado también al menos en parte por H. Siret, la clave para explicar la evolución de las culturas prehistóricas en el Mediterráneo Occidental se encontraba en un hecho: la existencia en momentos más arcaicos de un istmo que unía el Sur español con el Norte de Marruecos. A través del mismo pudieron realizarse las comunicaciones: de esta forma las culturas más antiguas, hasta el Musteriense “Iberomauritano”, serían comunes a Marruecos y a España, pues las gentes procedentes del Oriente habrían aprovechado esa lengua de tierra para transitar al Norte. Sin embargo, en un momento determinado se habría producido un desastre geológico, el hundimiento del istmo y la apertura del mar Mediterráneo que dejó de ser un mar interior.

De esta forma, a juicio de Pallary, Europa y África quedaron en ese momento aisladas, lo que actuó en detrimento del continente meridional.

Excepto en el caso del Capsiense, ubicado por P. Pallary en el Paleolítico Superior, las culturas prehistóricas magrebíes habrían comenzado una decadencia imparable. En este sentido, P. Pallary formuló la tesis de que en el Norte de África no habría existido una Edad del Bronce propiamente dicha, dado que la pobreza de los restos conocidos hasta ese momento contrastaba fuertemente con los encontrados por los hermanos Siret en la zona de Almería. En este sentido, el conjunto del Magreb se habría sumergido de forma progresiva en una eterna tardo-prehistoria que enlazaría hasta la colonización romana, y que rebrotaría incluso con la caída del poder de Roma en estas tierras. Vemos ya aquí reflejada la visión del atraso consustancial al mundo beréber, de tal forma que fórmulas primitivas de la prehistoria se enquistarían hasta tiempos muy recientes, justificando la necesidad de imposiciones culturales desde el exterior.

En los mismos años en que actuaba P. Pallary en Marruecos, y sin que consten conexiones con él, en el territorio de Tánger actuó la *Mission Scientifique au Maroc*, un comité científico oficial organizado por el Gobierno de Francia, con el objetivo de conocer el país con vistas a su colonización posterior por parte del país galo. La misión francesa mostró bien a las claras que en la carrera política que mantenía con España el vecino país, para ocupar posiciones en Marruecos, desde el punto de vista científico, incluido muy particularmente el de la Arqueología, no había color en esa competición (Gozalbes 2008). A nuestro juicio la *Mission* consiguió resultados importantes, mostró a las claras la superioridad francesa, pero no pudo conseguir lo que un potente sector de la diplomacia francesa trataba de conseguir: evitar el que a España se le atribuyera una parte del futuro Protectorado.

El geólogo G. Buchet, fallecido prematuramente, fue el autor de las principales investigaciones en relación con la prehistoria, que significaron las primeras excavaciones importantes en el país africano. Centrando la atención sobre las mismas de forma exclusiva en la época prehistórica, destacan la intervención realizada en el conjunto de Achacar en la *Grotte des Idoles*, con la localización de un santuario de exvotos de carácter fálico del final del Neolítico, así como las exploraciones en tumbas y necrópolis de la Edad del Bronce en la región tangerina (sobre todo El Mries). Estos trabajos desarrollados por parte de la *Mission* mostraban los avances de la ciencia francesa en esos momentos, y al tiempo señalaban que el

Norte de Marruecos compartía las características de las culturas prehistóricas con Túnez. Como estaba defendiendo por esa misma época P. Pallary, podía hablarse de una prehistoria del Magreb en su conjunto, desde Túnez a Marruecos (Camps 1974).

4. La Prehistoria se abre paso

El establecimiento del Protectorado francés en Marruecos en 1912, a partir de los acuerdos franco-marroquíes de Fez, completados con los hispano-marroquíes de París que atribuía a España una “zona de influencia” en el Norte, no se vio acompañada de un reconocimiento de la prehistoria. Por ejemplo, si observamos la ciertamente innovadora normativa española aprobada en su Protectorado en 1913, observamos la preocupación por la protección del patrimonio, que suponía la acción de Bellas Artes en relación con los monumentos árabe-islámicos, y la arqueológica exclusivamente con respecto a la arqueología clásica: por el contrario, la arqueología prehistórica estaba plenamente desconocida.

Pese a todo, en los años siguientes algunas investigaciones tuvieron lugar al amparo del orden establecido en el Protectorado, en especial con apoyo de los militares. El exotismo llegaba a algunos aficionados a tratar de encontrar los restos de los marroquíes más primitivos como un fenómeno esencialmente colonial de investigación exótica. De esta forma el teniente J. Campardou excavó, mediante el procedimiento ordinario de efectuar un enorme agujero, en la cueva de Kifan bel Ghomari en Taza, recuperando piezas paleolíticas que ofrecían las primeras indicaciones. En los años siguientes J. Bourrilly y más tarde H. Siret efectuaron algunas prospecciones en diversas regiones, y con la publicación de piezas con clasificación de las mismas en las industrias por aquel entonces reconocidas.

En el protectorado español de Marruecos, un trabajo del ingeniero militar A. Blázquez y Delgado-Aguilera resumía algunos de los datos conocidos, sobre todo los de viajeros del siglo XIX en el monumento de Mzora, así como los de la *Mission Scientifique*, pero se limitaba a recoger de los franceses de Argelia recomendaciones para efectuar estudios. Es cierto que en las primeras excavaciones de *Tamuda* y *Lixus* aparecieron piezas prehistóricas, hachas pulimentadas, cerámicas a mano primitivas, incluso un hacha de bronce de tipo hispano en *Lixus*, pero hasta 1927 no se produjo una investigación, la realizada por H. Ober-

maier por encargo oficial y financiada por el Gobierno español. Su importante prospección le permitió la localización de múltiples yacimientos de superficie entre los ríos Tahadartz y Loukos, en el valle de Tetuán, y al Norte de éste en las cercanías de cabo Negro (Sur de Ceuta), identificando la existencia de Paleolítico Inferior (Chelense como se llamaba entonces y Achelense), Musteriense, Capsiense (sin duda Iberomauritano) y Capsiense final.

Pero aquello que expresaba era toda una declaración de intenciones acerca de la motivación principal que realmente tuvo su investigación: su estudio tenía interés porque consideraba que el Norte de Marruecos había constituido un auténtico puente de paso para los habitantes más antiguos: diversos indicios mostraban de forma creciente que el origen del hombre se encontraba en el continente africano, y por allí habrían pasado gentes y culturas para establecerse en la Península Ibérica. Esta búsqueda de las relaciones hispano-africanas en la prehistoria resulta muy significativa, en la medida en la que gozaba de apoyo oficial para su investigación. No está tampoco de más añadir que al año siguiente, en 1928, H. Obermaier participó con estos resultados de la prehistoria del Norte de Marruecos en la sesión anual del *Institut des Hautes Etudes Marocaines* en Rabat. De hecho, los franceses integrarían rápidamente los datos obtenidos por H. Obermaier en la medida en la que resultaban congruentes.

En el año 1926 en Casablanca se fundó la *Société de Préhistoire du Maroc*, que estaba formada por una nómina de simples aficionados, la mayor parte de ellos bastante legos realmente en arqueología prehistórica, pero que en el futuro publicaría un valioso *Bulletin de la Société*, que mostraba la creciente “afición” por la prehistoria de personas residentes en el protectorado francés. Su primera época terminaría sumida en un cierto desprestigio, debido a la asunción por parte de algunos de sus miembros principales de la creencia en la existencia de los “Atlantes”. Pese a todo, de la SPM formaron parte dos personajes muy activos, el naturalista M. Antoine, entomólogo y profesor de Liceo, y el religioso H. Koehler; el primero prospectó sobre todo la Chaouia (comarca de Casablanca) con numerosos hallazgos de yacimientos de superficie, así como en otros lugares, mientras el segundo prospectó sobre todo la zona de Rabat y de Tánger-Larache, con localización de yacimientos musterienses e iberomauritanos. En todo caso, su principal aporta-

ción fue en 1931 la excavación de la *Grotte des Idoles* en Tánger, con los primeros datos sobre el Neolítico Antiguo.

Fueron estos unos trabajos marroquíes paralelos a los realizados desde 1916 en Argelia por parte de M. Reygasse, que al igual que el Padre H. Breuil en relación con la pintura rupestre, defendía decididamente la tesis tradicional de la existencia de contactos entre la prehistoria norteafricana y la española sobre todo en relación con el Capsiense (Fernández Martínez 2001: 173). En este sentido, es cierto que hasta los años veinte los investigadores franceses en el Magreb asumían la tesis del peso dominante del africanismo en la prehistoria española, que abandonaron de forma decidida con posterioridad, cuando la nueva secuenciación de la prehistoria magrebí la hizo innecesaria.

En España los estudios antropológicos y arqueológicos iban planteando de forma creciente argumentos que no terminaban de encajar en relación con las conexiones del mundo ibérico. Así A. Schulten defendió la existencia del parentesco “racial” ibero-beréber, indicando desde posiciones de superioridad los tópicos de que “África comienza en los Pirineos”, y que la cultura ibérica al ser de fundamento africano fue muy inferior a la de los celtíberos de raigambre europea. Pero es cierto que las evidencias arqueológicas apuntaban de forma creciente en direcciones muy diferentes. Ello conduciría en los africanistas a unos difusos planteamientos que no resultaban del todo coherentes: hipotéticas afinidades lingüísticas entre la lengua vasca y el beréber, un tema recurrente, así como la existencia de una posible cultura ibero-beréber derivada del “paso continuado de las poblaciones de uno a otro continente”, pero existencia de dos “razas” diferentes, en realidad, la de los iberos y la de los bereberes (García Figueras 1939: 14-15). Como puede observarse, en casos como éste se intentaba mantener la dualidad políticamente necesaria en esos momentos: los españoles no eran racialmente africanos, aunque los contactos frecuentes habían aunado las culturas (Ramos *et al.* 2008).

5. Los inicios de la institucionalización

En el surgimiento de una nueva etapa científica e ideológica influyeron diversos hechos que habían ido tomando cuerpo en momentos anteriores. Fueron importantes a este respecto de reconocimiento el prestigio científico que iba teniendo la arqueología prehistórica en Europa, y

en especial en las “colonias”, así como la publicación en 1930 por parte del Abbé H. Breuil de su extenso escrito sobre “L’Afrique préhistorique”, la propia prospección mencionada de H. Obermaier en el Norte de Marruecos, el desarrollo de la *Société de Préhistoire du Maroc* y de los trabajos de M. Antoine, e incluso del Padre H. Koehler, que gozaba de gran prestigio intelectual en Marruecos donde, en la zona francesa, había llegado a ser capellán general castrense. La integración de numerosos sacerdotes en los estudios de arqueología prehistórica, incluso en el Magreb, alejaba a ésta del carácter fuertemente sospechoso que pudo haber tenido en el siglo XIX por su relación con el evolucionismo darwinista. La nueva consideración general de la prehistoria se sumó a la específica en los medios coloniales en los países del Magreb.

Pero sobre todo también, los avances de la investigación en otros países del Magreb vinieron a renovar los conocimientos, así como a señalar la importancia de una institucionalización de la arqueología prehistórica más o menos pareja a la que había tenido su referente de la antigüedad clásica. En estas líneas destacarán en Túnez la presencia de dos investigadores que colaboraron en cierto momento en los trabajos que sentaron las bases más sólidas de la arqueología prehistórica de carácter científico. El primero de ellos fue el médico E. G. Gobert, que centró inicialmente su atención a partir del año 1906 en el estudio del prestigioso Capsiense, una cultura del Epipaleolítico tan importante en Túnez, y que era la industria más emblemática del Magreb prehistórico en esos momentos. El segundo de los investigadores fue R. Vaufray, un naturalista pero que por su especialización sobrevenida fue el primero que puede considerarse realmente un prehistoriador profesional en el Magreb. Ambos investigadores publicaron en el año 1932 en la revista *L’Anthropologie* un artículo, con el título de “Deux gisements extrêmes d’Ibéromaurusien”, en el que replanteaban con fundamentos distintos la secuenciación de las industrias prehistóricas del Norte de África, salvando el estado un tanto caótico en el que se encontraba ya en esos momentos en los que las interpretaciones no encajaban.

La nueva secuenciación establecida suponía unos cambios muy relevantes, que fueron muy prontamente asumidos por parte de los investigadores franceses en Marruecos, pero no así por parte de los escasos españoles del momento: de hecho, en España no hubo conocimiento de su nueva secuenciación. El replanteamiento de 1932

suponía la consideración de la existencia de un Paleolítico Inferior particularmente potente en los diversos países del Magreb, con un final del mismo en el que estaría presente de forma incipiente la técnica Levallois, al que sucedería un Aterriense (Musteriense con puntas pedunculadas) que Pallary había definido como “Neolítico beréber”; sucederían después dos industrias paralelas en el tiempo, el Capsiense en la zona oriental del Magreb, y el Iberomauritano, en Argelia y Marruecos. Por último, el llamado “Neolítico de tradición Capsiense” que mostraría unos fundamentos y unas perduraciones bastante alejados de los materiales presentes en la Península Ibérica que mostraba mucho mayor dinamismo ya en esa época.

Esta revisión en profundidad de la secuencia prehistórica en el Magreb afectaba duramente a las interpretaciones que se formulaban hasta ese momento en España, donde se defendía la vigencia de una industria común hispano-marroquí en el Paleolítico (se trata del erróneo “Iberomauritano” de J. Pérez de Barradas, entre otros), la creencia en el notable influjo del Capsiense africano en la Península Ibérica, por ejemplo en el arte rupestre “levantino”, así como la procedencia norteafricana del Neolítico en la llamada cultura de las cuevas con cerámica decorada (de P. Bosch-Gimpera). La revisión de la secuencia prehistórica magrebina indicaba que ni el mal llamado “Iberomauritano” pudo influir en relaciones en el Paleolítico español, porque era realmente muy tardío, ni el Capsiense por su lejanía geográfica pudo haber sido determinante en la Península Ibérica, ni el Neolítico pudo haber influido debido al atraso creciente que parecían mostrar ya las culturas magrebíes de esos momentos. Dichos planteamientos, como veremos, no se conocerían por parte de los investigadores españoles hasta más de una década más tarde, lo que supuso la diferencia de puntos de vista con los arqueólogos franceses: el arcaísmo hasta cierto punto pre-científico de los españoles, contrapuesto al conocimiento sobre el terreno del material por parte de los investigadores franceses.

Además fue justo en estos momentos cuando se produjo la institucionalización de la arqueología prehistórica en el protectorado francés en Marruecos. Cuando llegó al país, para integrarse en el *Service des Antiquités*, A. Ruhlmann era uno más de los estudiosos del mundo clásico franceses en el Magreb. Pero consciente del vacío existente en este campo, desde muy pronto Ruhlmann orientó sus trabajos a la arqueología pre-

histórica, de tal forma que como Sub-Director del Servicio, en 1932 fue nombrado expresamente inspector de antigüedades prehistóricas, lo que suponía todo un reconocimiento institucional de la disciplina. A. Ruhlmann significó la recepción de las experiencias y los conocimientos de los franceses en Túnez y Argelia, aplicando por tanto por vez primera de forma sistemática una visión técnica a los estudios prehistóricos, en relación a la tecnología y a la tipología. Más allá de trabajos sobre algunas tumbas antiguas, sobre todo con su exploración del túmulo protohistórico de Sidi Sliman, destacaron sus excavaciones en las grutas de El-Khenzira en Mazagán, con materiales paleolíticos, así como en la de Dar es-Soltan, en Rabat, con importantes materiales pos-paleolíticos.

Pero sobre todo destacó la síntesis de A. Ruhlmann sobre el Paleolítico marroquí, publicada en su versión definitiva en 1945, en la que postuló la íntima relación de la prehistoria marroquí con la del conjunto del Magreb, con la sucesión de las diversas industrias documentadas: Pebble Culture, Achelense, Musteriense, Aterriense, Iberomauritano, Neolítico. Fiel al estilo “técnico” que adoptaba la prehistoria a partir de esos momentos, el autor utilizaba de una forma exhaustiva la bibliografía, y enumeraba los datos que reflejaban la dispersión de cada una de las industrias, lo que le permitió avanzar la conclusión de la existencia en Marruecos de unas zonas con permanente presencia humana (Taza, Oujda, valle del Muluya), y otras (Mediano y Gran Atlas) con una pequeña frecuentación estacional a partir del Paleolítico Superior.

Por otra parte, desde esa faceta “técnica” A. Ruhlmann inició la colaboración con los geólogos de Marruecos, y sobre todo a partir de 1939 con R. Neuville, en especial con el estudio de las transgresiones marinas y del Cuaternario marroquí. Este diplomático francés acababa de realizar importantes descubrimientos arqueológicos en Palestina, pero a partir de 1939 en su nuevo destino marroquí llevó a cabo con A. Ruhlmann investigaciones particularmente relevantes.

El sistema de Ruhlmann se contrastará con el formulado por M. Antoine más adelante, que entrará en fuerte polémica con él: en todo caso, por una paradoja de la vida, el “profesional” Ruhlmann fallecería años más tarde en accidente, en acto de servicio cuando realizaba una excavación, y le sucedería el “aficionado” M. Antoine, que pese a serlo (y al tono polémico de muchas publicaciones) gozaba de prestigio. En sus sistemas de

interpretación discrepaban: Ruhlmann consideraba que en Marruecos se hallaban bien representadas todas las culturas prehistóricas del Magreb, por el contrario Antoine consideraba que el país se hallaba absolutamente alejado de los grandes focos de estas culturas, por lo que algunas o no llegaron o lo hicieron muy débilmente. Así pues, conexión en el conjunto del Magreb en el primer caso, aislamiento y atraso mayor en el segundo. Pero en ambos casos, se producía el rechazo a la consideración de unas conexiones importantes con la prehistoria española.

6. El caso de los españoles

La arqueología española en el Protectorado del Norte de Marruecos había sido institucionalizada en tres momentos sucesivos (Beltrán y Habibi 2008). En el plano normativo con la Orden (Dahir) de 1913 de protección de monumentos y objetos del patrimonio, que desconocía propiamente la prehistoria. A continuación en el año 1919 con la creación de la *Junta Superior de Monumentos Históricos de Marruecos*, encargada de la tutela del patrimonio y de la investigación. Y a partir de 1921 con el nombramiento de César Luis Montalbán al frente de la arqueología, primero como Asesor Técnico, y a partir de 1926 como Director del Museo Arqueológico de Tetuán y Jefe de Excavaciones. Pero la primera actividad vino representada por la investigación de H. Obermaier en 1927, que además (como solía hacer) instruyó al totalmente lego C. L. Montalbán en rudimentos de tipología y tecnología paleolíticas.

A partir de ese momento, C. L. Montalbán incorporó la prehistoria a los contenidos de sus estudios. Entre 1928 y 1931 realizó diversas prospecciones en comarcas del área atlántica, en Sumata y Beni Gorfet, así como sobre todo en el Rif, en la zona de Melilla, con resultados menos que discretos: constataba la aparición de piezas paleolíticas, cuarcitas y sílex tallados, y algún que otro elemento neolítico (piedra pulimentada). El objetivo de estos estudios no era otro que el de su plasmación en una Carta arqueológica, y así lo hizo en 1933 en su "mapa arqueológico de la zona del Protectorado de España en Marruecos". Pero además a partir de 1932 inició los trabajos en el monumento de Mezora, un túmulo-cromlech protohistórico, sepultura que ya en la antigüedad se atribuyó al gigante Anteo.

Montalbán estaba convencido de que en el lugar iba a encontrar evidencias de algo que estaba

muy difundido en la época: la creencia en la existencia de una raza primitiva de Atlantes. La primera parte de su intervención, hasta 1934, fue exitosa y consistió en la limpieza del círculo. En 1935 emprendió la desafortunada excavación del túmulo interior, siguiendo en todo caso las opiniones unánimes de españoles y extranjeros de que se trataba de un sepulcro de corredor. No era así, sino que en su interior contenía una caja de lajas de piedra al parecer con cenizas y un objeto metálico. En la cúspide su influencia, el monumento recibió la visita del Jefe del Protectorado. Apenas dos meses más tarde, en julio, Montalbán sería detenido a punta de fúsil en Mezora por parte de las tropas sublevadas.

Por la misma época destacan las actuaciones en el Norte de Marruecos de un periodista italo-español, Angelo Ghirelli. De ideología conservadora, aunque no parece que fascista, había llegado a Tánger primero, y después a informar del desarrollo de la guerra en el Rif, donde al parecer actuó para los servicios de información españoles. En Marruecos se apasionó por el país, y también se identificó con España, nacionalidad que asumiría a partir de ese momento: murió después de la Guerra Civil en su residencia de Mallorca. En los años veinte realizó numerosas prospecciones, y sobre todo un destacable estudio del monumento de Mezora, en especial en relación a la entidad de los conjuntos secundarios de monolitos. En 1932 publicó su trabajo principal al respecto, una síntesis con el título de "Apuntes de prehistoria norte-marroquí". Señalaba la presencia en la región de vestigios de todas las industrias prehistóricas, y mostraba cierto nivel de conocimientos, defendiendo que se trataba de una zona que por su ubicación geográfica había mantenido amplios contactos con la Península Ibérica. Mostraba su admiración por el trabajo y las conclusiones de H. Obermaier, pero por el contrario ignoraba absolutamente a Montalbán al que ni siquiera mencionó.

Con el final de la Guerra Civil, en el verano de 1939 Julio Martínez Santa-Olalla intentó incluir el Protectorado de Marruecos bajo su influencia. Se trataba especialmente de efectuar una acción arqueológica en el exterior más cercano, y sobre todo desde el punto de vista ideológico de intentar encontrar materiales para probar sus tesis: que en la prehistoria no había sido África la que había influido en España, sino que Marruecos había sido un terreno de expansión de las culturas hispanas (Gozalbes 2007, Gozalbes *et al.* 2013). De esta forma se justificaba el que el Norte

de África desde la prehistoria había constituido el “espacio natural” de la expansión española. De ahí derivaron sus numerosos viajes al Protectorado, incluso al Marruecos francés, a la ciudad de Tánger (en la primera visita todavía con un estatus internacional) y al Sahara. Los trabajos de Martínez Santa-Olalla estuvieron bastante obsesionados por encontrar en Marruecos el Asturiense o el Campiñense, en su peculiar concepción de la prehistoria. En este sentido, sus planteamientos de Paleontología eran más arcaicos y aislacionistas que los de Martín Almagro Basch. Éste último en 1946, en su monografía sobre la prehistoria del Sahara, recogía una introducción a la del conjunto del Magreb, que significaba la primera recepción en España de la secuencia de la prehistoria norteafricana establecida por Gobert y Vauflrey.

Pero además es cierto que en Marruecos Martínez Santa Olalla, como hemos señalado en diversas ocasiones, vería frenada su presencia por la oposición de Pelayo Quintero. Éste fue nombrado Director del Museo Arqueológico de Tetuán e Inspector de Excavaciones y se incorporó a este destino en noviembre de 1939. Hombre e intelectual muy meritorio y de elevada edad, había transitado desde el anticuarismo a la arqueología, pero es cierto que continuaba siendo bastante lego en arqueología prehistórica. Así su aportación se centraría exclusivamente no en interpretar sino en poner en orden los descubrimientos arqueológicos (Quintero, 1941), con referencias insustanciales respecto a la prehistoria, y exposición de materiales en la nueva presentación del Museo. Su principal aportación fue el estudio de una tumba de una pequeña necrópolis de cistas del valle alto del Oued Laou, que se limitará a describir, y a dar cuenta del hallazgo de pinturas rupestres en Jbala que, sin embargo, no visitó.

La labor de incorporación de la prehistoria no podía superar las limitaciones de P. Quintero. Por ello cobra mayor valor su patrocinio de la persona del sacerdote César Morán Bardón, a quien H. Obermaier había formado en su tiempo en paleolítico. Morán contribuyó a los estudios con su prospección de la comarca de Beni Gorfet, si bien en la publicación de resultados mostraba una clasificación y terminología confusa y arcaica. Y sobre todo, también en la colaboración con Quintero en la presentación museográfica de la sala de prehistoria en Tetuán. Poco tiempo más tarde, C. Posac, que era un miembro del Seminario de Historia Primitiva de la Universidad de Madrid,

discípulo de Martínez Santa-Olalla, realizó prospecciones en la zona de Melilla, con la incorporación de una veintena de yacimientos para el conocimiento. De formas distintas, más arcaica la primera, más moderna la segunda, C. Morán y C. Posac representaron la incorporación de una faceta técnica al estudio de la arqueología prehistórica.

7. BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO BASCH, M. 1946 : *Prehistoria del Norte de África y del Sahara español*, Barcelona.
- ANTOINE, M. 1951: « Le développement des études préhistoriques au Maroc », *Bulletin de la Société de Préhistoire du Maroc*, n. s. 3-4, pp. 85-94.
- ANTÓN FERRANDIZ, M. 1903 : *Razas y tribus de Marruecos*, Madrid.
- ANTOINE, M. 1952 : *Les grandes lignes de la Préhistoire marocaine*, Casablanca.
- BALOUT, L. 1955 : *Préhistoire de l'Afrique du Nord. Essai de chronologie*, Paris.
- BELTRÁN, J. y HABIBI, M. 2008: *Historia de la Arqueología en el Norte de Marruecos durante el periodo del Protectorado y sus referentes en España*, Sevilla.
- BIBERSON, P. 1961 : *Le Paléolithique Inférieur du Maroc Atlantique*, Rabat.
- CAMPS, G. 1974 : *Les civilisations préhistoriques de l'Afrique du Nord et du Sahara*, Paris.
- CAÑETE IMÉNEZ, C. 2006 : *El origen africano de los iberos. Una perspectiva historiográfica*, Tesis Doctoral, Universidad de Málaga.
- COSTA, J. 1891 : *Estudios celtibéricos*, Zaragoza.
- DÍAZ-ANDREU, M. 2002: *Historia de la Arqueología. Estudios*, Madrid.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. 2001: “La idea de África en el origen de la prehistoria española: una perspectiva postcolonial”, *Complutum*, 12, pp. 167-184.
- GARCÍA FIGUERAS, T. 1939: *Marruecos*, Barcelona.
- GHIRELLI, A. 1932: “Apuntes de prehistoria norte-marroquí”. *Notas y Comunicaciones del Instituto Geológico y Minero de España*, 5 (4), pp. 23-97.
- GOZALBES, E. 2007: “Algunos avatares de la arqueología colonial en el norte de Marruecos (1939-1942)”, *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, 43, pp. 77-95.
- GOZALBES, E. 2008: “Los primeros pasos de la arqueología en el Norte de Marruecos”, en *En la orilla africana del Círculo del Estrecho*.

- Historiografía y proyectos actuales*, Tetuán-Cádiz, pp. 33-61.
- GOZALBES, E. 2012: *Marruecos y el África Occidental en la historiografía y arqueología española*, Ceuta.
- GOZALBES, E. y GOZALBES GARCÍA, H. 2012: "Luis Siret y la prehistoria del Magreb", *Memorial Siret*, Sevilla, pp. 525-528.
- GOZALBES, E., PARODI, M. J. y VERDUGO, J. 2013: "Algunas notas sobre arqueología y colonialismo: la zona española del protectorado marroquí, 1912-1945", *Onoba*, 1, pp. 261-272.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. 1947: *África en las actividades del Seminario de Historia Primitiva del Hombre*, Madrid.
- OBERMAIER, H. 1928: "El Paleolítico del Marruecos español", *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, 28, pp. 269-272.
- PALLARY, P. 1911: « Les collections préhistoriques du Musée des Antiquités Algériennes », *Revue Africaine*, 55, pp. 306-326.
- PERICOT, L. 1953 : *Prehistoria de Marruecos. Paleolítico y Epipaleolítico*, Tetuán.
- QUINTERO, P. 1941: *Apuntes sobre arqueología mauritana de la zona española*, Tetuán.
- RAMOS, J., PÉREZ RODRÍGUEZ, M., DOMÍNGUEZ, J. C. y VIJANDE, E. 2008: "El africanismo en los estudios pre y protohistóricos. La aportación de Miguel Tarradell", en *En la orilla africana*, pp. 105-141.
- ROBERTSHAW, P. 1990 : *A History of African Archaeology*, Oxford.
- RUHLMANN, A. 1945 : « Le Paléolithique marocain. Nouvelle esquisse d'une étude d'ensemble », *Publications du Service des Antiquités du Maroc*, 7, pp. 3-103.
- SOUVILLE, G. 1973 : *Atlas préhistorique du Maroc. 1. Le Maroc Atlantique*, Paris.
- TARRADELL, M. 1965 : "El problema de las relaciones prehistóricas entre España y África: nuevas perspectivas", *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, 75, pp. 19-34.
- VAUFREY, R. 1955: *Préhistoire de l'Afrique. 1. Maghreb*, Paris.